

cuartel, el General Díaz se hizo notar por su valor, su audacia y su sangre fría, y ésto cuando todos los defensores de la plaza, como Auza, Llave y los Jefes inferiores daban pruebas brillantes de heroísmo.

Esta admirable resistencia y las pérdidas sufridas por el ejército francés en la toma de San Marcos y en el ataque del convento de Santa Inés, obligaron á Forey á desistir del plan que había adoptado de ir ocupando la ciudad manzana por manzana, resolviéndose esperar á rendir la guarnición tras un largo asedio, y cuando faltaran víveres y municiones.

Por fin la derrota sufrida por el Ejército del Centro en San Lorenzo el día 8 de Mayo decidió la suerte de la plaza sitiada, que no podía ya ser socorrida.

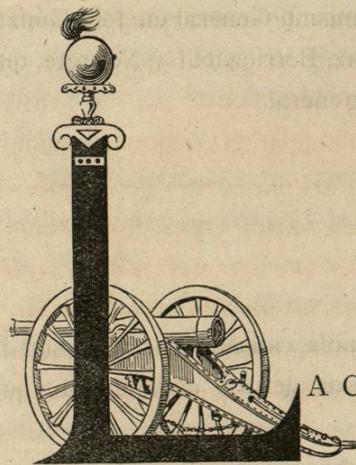
El 17 de Mayo á las cuatro de la mañana, dirigió Gonzalez Ortega una carta á Forey, en la que le comunicaba que no pudiendo defender por más tiempo la plaza, en virtud de carecer absolutamente de municiones y víveres, disolvía el ejército de su mando, destruyendo sus armas y su artillería.

Le participaba por tanto, que podía ocupar la ciudad, dictando, si lo creía conveniente, las medidas necesarias para evitar las desgracias que pudieran ocurrir con una ocupación violenta, y por último, que el mismo General en Jefe y los Generales y Oficiales del Ejército mexicano, reunidos en el Palacio del Gobierno, se constituían prisioneros.

La defensa de Puebla es uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, que ha recogido los nombres de aquellos héroes para legarlos á la posteridad.

CAPITULO XIII.

Después de la ocupación.—Situación de la Capital.—Marcha del Señor Juarez para el interior.—Retirada del Ejército.—El General Porfirio Díaz en San Juan del Rio.



A Ciudad de Puebla de Zaragoza había sucumbido: el Ejército del Centro, compuesto en su mayor parte de reclutas,

había sufrido un revés que redujo su número á una tercera parte, y el Ejército de Oriente no existía: se había suicidado gloriosamente por no poder continuar defendiendo la plaza que se le había confiado.

Once mil soldados mexicanos que habían sido capturados por los franceses, fueron condenados á la suerte más ruda é infamante. Unos quedaron refundidos en las hordas de Márquez, á fin de poder dar al asesino de Tacubaya lo que nunca había logrado tener, soldados que supieran batirse y desconocieran las hazañas de encrucijada, tan comunes en las gavillas de la reacción.

Otros prisioneros fueron á trabajar en el camino de fierro de Veracruz y allí murieron todos de insolación, de fiebre amarilla ó de alguna otra de las terribles enfermedades de aquella zona.

Veintiseis Generales y mil doscientos Jefes y Oficiales quedaron prisioneros: y todos se rehusaron á firmar el compromiso que les exigía Forey, para ponerlos en libertad, de no tomar más las armas en defensa de la Patria.

Entonces dispuso el General francés deportar á la Martinica aquellos héroes, entre los cuales no hubo uno que se prestara á aquel acto de cobardía y debilidad.

Muchos de los Generales, casi todos, lograron sin embargo evadirse, unos de la misma ciudad de Puebla, y otros del camino de Veracruz, á pesar de ir escoltados por una fuerza numerosa y de ser tratados con excesivo rigor.

Entre los primeros se contaban el mismo General en Jefe Gonzalez Ortega, y los Generales Porfirio Díaz, Berriozábal y Negrete, que marcharon á presentarse al Gobierno general.

Profunda sensación, entre tanto, había causado en la Capital la noticia de la ocupación de Puebla, á pesar de que nadie dudaba que ese sería el resultado forzoso del sitio.

Y sin embargo, ni el Gobierno republicano, ni el pueblo sintieron menguar su fé en el triunfo de su causa.

Juarez, con su fuerza de ánimo inquebrantable, activaba rápidamente las obras de fortificación de la Capital, resuelto sin duda á no entregar ésta sino después de una resistencia tan enérgica como la de Puebla.

Pero ya fuese que comprendiera el Presidente que con los restos del Ejército del Centro no podía defender una ciudad de aerea tan extensa como México, ya porque temía que una población tan sibarita, donde sólo imperan el lujo y el egoísmo de los intereses materiales,

careciese de la virilidad necesaria para los sacrificios del heroísmo, el hecho fué que se dispuso abandonar la Capital y establecer los Poderes públicos en San Luis Potosí.

El 31 de Mayo cerró sus sesiones el Congreso de la Unión con todas las solemnidades reglamentarias, después de haber declarado que el Ejército de Oriente mereció bien de la patria, y de haber otorgado facultades omnímodas al Presidente Juarez, con la sola limitación de que éste conservaría la integridad é independencia del territorio nacional, sin aceptar intervención extranjera alguna.

En la tarde de ese mismo dia el personal del Gobierno salió de la Capital para Querétaro, á donde llegó el Señor Juarez con sus ministros, después de haber pasado por el peligro inminente de ser atacadas las diligencias y carruajes por alguna de las guerrillas de Mejía, que interceptaban el camino del interior.

Pero el Gobierno del Estado situó las escoltas suficientes y el Ejecutivo de la Nación, en su marcha hasta San Luis Potosí, sólo recibió una ovación no interrumpida de las Autoridades, del Ejército y del pueblo.

Más al abandonar la capital se habían salvado los elementos de guerra que aún quedaban á la Nación, así como los archivos y el Tesoro federal.

Con los Poderes públicos habían abandonado la ciudad no sólo los funcionarios y los empleados, sino multitud de familias, unas temiendo las tropelías de las hordas clericales de Márquez, y otras por no permanecer bajo el dominio del invasor.

Porfirio Díaz, tomando el mando del Ejército del Centro, quedó encargado de cubrir la retaguardia, y recibió á la vez la orden del Ministerio de la Guerra de marchar para Toluca con su división.

Durante la primera jornada, al cruzar la montaña tanto las tropas como la inmensa caravana que se retiraba por aquel rumbo, las hordas de Butrón se precipitaron de las rocas del Monte de las Cruces intentando cortar aquel convoy, para robar á los que se hubieran alejado de las tropas.

Este ataque produjo algun desorden, durante el cual algunos cuerpos, desmoralizados ya, intentaron desbandarse. Y acaso lo hu-

bieran logrado, haciendo cundir la desmoralización en todo el Ejército, sin la sangre fría y el valor tranquilo del General Porfirio Díaz que se presentó violentamente, arrojándose sobre los amotinados.

El fuego era vivísimo, sin que pudiera distinguirse la posición del enemigo, pues á la vez que atacaban los guerrilleros de Butrón los soldados federales se hacían fuego entre sí, en tanto que los empleados y las familias que caminaban entre las tropas aumentaban la confusión, huyendo por doquier.

El Señor Díaz entonces, lanzó un regimiento de caballería sobre los bandidos reaccionarios que huyeron por el monte, á la vez que cercó el cuerpo amotinado, y, sobre la marcha, mandó pasar por las armas á los insurrectos. En el acto cesó el motin, y el convoy y las tropas llegaron á la capital del Estado de México sin novedad alguna.

Porfirio Díaz marchó entonces para Querétaro, donde comenzó á reorganizar el Ejército de operaciones, que volvió á llamarse después de Oriente, situándose en San Juan del Río.

Cuatro meses permaneció el General Díaz en aquella pintoresca población enteramente consagrado á aumentar su fuerza, equiparla, armarla é instruírla, hasta formar una división de las tres armas, admirable por su moralidad y su disciplina. Es que estaba perfectamente secundado por los Jefes que militaban á sus órdenes, la mayor parte de los cuales habían hecho con él la campaña de Oriente.

Por fin, en los primeros días de Octubre de 1863 el General Díaz, después de haber conferenciado con el Ministro de la Guerra en Querétaro, partió de San Juan del Río con su división, tomando el camino de la montaña: era entonces General de División nombrado por el Señor Juárez en 15 de dicho mes. A petición suya el Señor Juárez le había encomendado hiciera la campaña de Oriente, comenzando por el Estado de Oaxaca que no había sido ocupado aún por los franceses.

Aquel era un plan atrevidísimo, porque el General Díaz iba á combatir casi sólo en una vasta extensión de territorio, que permanecía entonces tranquilo dominado por la invasión, á la que se había sometido por cansancio tras una lucha sangrientísima, y por falta de caudillos que empuñaran la bandera de la insurrección.

El estupor fué profundo al ver marchar aquel pequeño cuerpo de Ejército hácia el Sud-Este de la República: iba en efecto el General Díaz á atravesar un país ocupado por los invasores y por los traidores que, á la sombra de aquellos, levantaron fuerzas numerosas, perfectamente equipadas y municionadas.

Tomó el Señor Díaz por la montaña el camino de Amealco y allí hizo su primera jornada. Al siguiente día continuó por los Molinos de Caballero marchando después por Aganguero, Orocutin, Laureles, los Arcos, Almoloya, Soltepec y Zacualpam.

Así llegó á Tasco donde derrotó á la guarnición, haciéndola prisionera y apoderándose de algunos elementos de guerra, en un combate reñidísimo, por haberse defendido valientemente los imperialistas durante los días 26, 27 y 28 de Octubre.

Y habiendo arrollado á su paso las fuerzas que se le opusieron, logró situarse en la línea divisoria entre los Estados de Puebla, Guerrero y Oaxaca.

Los Jefes reaccionarios Visoso, Valdés y Vicario, después de la derrota de éste último, no se atrevieron á aproximarse á las fuerzas del General Díaz á pesar de que los franceses habían ministrado á los traidores todo género de recursos, y de que enviaron en su apoyo una fuerte columna de zuavos á Cuernavaca, al saber la aparición de los republicanos por aquellos rumbos.

Solo Visoso tomó rápidamente el camino de las Mistecas: y como su fuerza era numerosa, el Gobernador de Oaxaca hizo algunos preparativos de defensa.

El Señor General Díaz había hecho desde Tasco hasta Oaxaca una marcha tan rápida como estratégica, tocando los siguientes puntos: Tepecuacuilco, Chilapa, Ayoscinapa, Atlixteca, Tlapa, Ixcatiopa, Alcoxanca, Xilacayoapan, Huajuapam de Leon, Tamazulapa, Tlajiac, Nochistlán, Huaucliya, Huitzeo, Etlá y Oaxaca.

Pero al dirigirse á la Capital del Estado para ponerse en relaciones con el Gobernador marchó solo, acompañado únicamente de un ayudante, dejando atrás acampada su fuerza, á sesenta leguas de distancia.

Así quiso demostrar que no quería ejercer presión alguna sobre

la autoridad, ni llevaba miras preconcebidas de apoderarse de un mando que en manera alguna ambicionaba, á pesar de estar revestido de facultades por el Gobierno General para disponer de las rentas federales y de la Guardia Nacional de Oaxaca, según el decreto de 22 de Septiembre de 1863.

Al mes siguiente, en 28 de Octubre, se dió mayor extensión á estas facultades, comprendiendo en ellas á Veracruz, Puebla y Tlaxcala, con el cual el General Díaz tenía el mando militar de cuatro entidades federativas declaradas en estado de sitio.

Luego que el General Díaz llegó á la ciudad, donde fué recibido con verdadero entusiasmo, tuvo algunas conferencias con el Gobernador y los diputados de la Legislatura. Y éstos funcionarios creyeron necesario que Porfirio reasumiera los mandos político y militar del Estado á fin de organizar mejor la campaña, y hacer las economías que reclamaba imperiosamente la situación angustiosa del Erario.

El General Díaz, después de haber objetado esta medida, se vió obligado á aceptarla, con la condición de que el poder judicial y los ayuntamientos funcionarían con entera independencia del poder militar.

El General Díaz consagróse entonces á la administración, estableciendo el orden más perfecto en las rentas públicas, logrando así que éstas aumentaran, sin lo cual hubiera sido imposible atender á las imperiosas y crecidas atenciones de la guerra, y al sostenimiento de la División que constaba de cerca de cuatro mil hombres de las tres armas.

Y no desatendió á los demás Estados que quedaron bajo su mando, estableciendo dos comandancias militares en los Estados de Veracruz y Puebla, una al Sur y otra al Norte, á fin de que cada una atendiera mejor á las exigencias políticas y militares de tan vasta demarcación. La de Sotavento de Veracruz la confió al General Alejandro García, cuya lealtad y patriotismo le eran tan conocidos.

Hizo más aún; á pesar de que su autorización no comprendía los Estados de Tabasco y Chiapas, quiso auxiliar á los patriotas que tan heroicamente luchaban en ellos por la independencia de la Patria.

En tal virtud mandó al General Salinas con un Batallón de infan-

tería y un pelotón de artilleros á Tuxtla Gutierrez, donde con algunas piezas de artillería, mal servidas por falta de personal, se sostenían los republicanos. Llevaba además el General Salinas trescientos fusiles para la Guardia Nacional del Estado, y orden para hacer la campaña de Chiapas y apoyar á los patriotas de Tabasco, cuyas instrucciones fueron cumplidas, obteniéndose un triunfo completo.

El General Díaz, para consagrarse exclusivamente á la campaña que iba á abrirse ya, nombró Gobernador y Comandante militar del Estado de Oaxaca al General J. M. Ballesteros, conservando únicamente el mando del Ejército de operaciones. Quedaron además con el mando político y militar Gregorio Mendez en Tabasco, Pantaleon Dominguez en Chiapas, Pablo García en Campeche y Manuel Zepeda Peraza en Yucatan.